

Hay un tipo de creación que responde para nada a una necesidad de escribir que a uno no lo deja en paz, lo persigue, lo obsesiona, al punto de que, si no se le permite una salida, se corre el riesgo de convertirse en papamotas. He aquí la declaración de una gran obsesión que altera mi existencia hace un tiempo, y que debe sentirse a partir como un dictamen judicial.

Año 1989. En ese tiempo poseo varios libros inéditos y otros empezaban a ser publicados; seguía la crítica y los lectores. Acababa de salir la novela *El jardín*, un libro bien curioso en mi producción, que relata la historia de un venado y caballito pescador, que tomaba junto a un machucho unos peces marisqueros, en un imaginario mar de aguas siempre cristalinas, ubicado sobre Dios donde. Dico curioso porque el libro lo redacté en el corazón más árido de Santiago, sin conocer el lenguaje y mundo de una crítica, y temeroso de saber qué se siente y cómo se navega en un esquife por el océano. Solo había anidado en un bote por la laguna del Parque O'Higgins. Así que debí conformarme con tener el vigor y la revolución de la juventud, una máquina de escribir manual, mucho papel y, al frente, perdido en un caos, un dudoso cuadro que contenía la imagen de un punto, arena de playa y una abandonada baranca; puedo asegurar que este cuadro fue como la panadería que alimentó macizamente a mi cerebro. Después, la crítica dijo que tal vez lo más logrado del libro era el mar y el lenguaje del viejo pescador y del machucho, Carlos.

Recuerdo que al concluir esa novela, sentí que en realidad no había concluido, y le dije a mi esposa: el viejo tiene testículos. Patricia hasta la fecha espera que le explique la última palabra, y yo le digo que me pide lo imposible, que no sea así. A decir verdad, probablemente dejó entrever que aquel viejo continuaba en mi magia, con toda la jibutosa desazón que significaba, y que para quitármelo de encima simplemente tenía que ponerse a exhibir las culas de él y de su esposa. Estuve bastante tiempo escribiendo, al extremo de parecer aturrido. Lo único claro era que debía separar de mi vida a aquel festivo viejo; en caso contrario, tenía que convertirse en un infeliz. Donde iba aparecía su imagen, no me dejaba en paz; me la ponía tumado en el césped de los parques, impertinente, acodado en las mesas de por ahí, pensando en él, en cómo desgastó de mi vida.

En enero de ese año, partimos con mi esposa y los dos críos a Pichilemu; debía está decir que yo iba amarrado y absolutamente contra mi voluntad, jamás supe lo que me ocurriría al llegar.

Al bajar del bus, divisé una veintena de carretas tiradas por jamelgos, que allí son como los taxis, y se les llama cabritos. ¡Por Dios que me dio alegría verlos! Como poseo una mente reposada y normal, imaginé que estábamos en el Oeste americano... Sin tardanza echamos las maletas arriba de un ómnibus y viaje lecu-

dosamente feliz por los recodos del poblado. En el trayecto, le consulté al joven que conducía, Rosamel, si era posible transitar por el borde de la playa, casi a ras de las aguas; contestó que por

cuenta por el himno del borde de la playa, viendo desde aquella ventana la enorme caparazón del mar, sintiendo en los picos el rebote de los cicajes que tiraban jabas y cangrejos, cochayuyos y conchitas marinas. Al regresar al hotel, le dije a Rosamel que deseaba repetir la experiencia al día siguiente, al mediodía.

Resumen: volvímos a la capital al tercer

supuesto y acordamos un viaje esa misma tarde, y yo me dije: te juro, viejo, te llevaré Rosamel... Y así sería. A eso de las cinco Rosamel pasó por nosotros y nos llevó a experimentar una de las situaciones más hermosas que me han tocado: viajar en

día. Mi familia tenía una cara así de larga por las tan breves vacaciones, mientras por mi parte únicamente quería sentarme frente a una máquina para acabar de una vez y para siempre con el lo personal que me tenía con el viejo Rosamel.

REINALDO EDMUNDO MARCHANT

Al bajar del bus, divisé una veintena de carretas tiradas por jamelgos, que allí son como los taxis, y se les llama cabritos. ¡Por Dios que me dio alegría verlos!



Sabía que la historia tenía que contarla el viejo, para que se desahogara a entero placer y por otra razón, probablemente más importante: el sabía que contar, como hacerlo y desde cuándo. Yo apenas fui intérprete de sus caprichos. Entonces el viejo se plantó a relatar el origen de su estirpe y descendió al libro: *Vamos en el jardín*, quizá como homenaje a su muy bella madre.

que tenía una flor adherida al empuje derecho. En una jornada de oficina, pleno de reproche, la historia tardó en nacer 28 días; enseguida, como tantísimo Dios más, se empeló en una gureta. La trascendencia era que yo quedaba en paz.

Unos amigos poetas, entusiasmados por el lenguaje de la novela, que transgredía las letras cotidianas y sumas de las cotidianas, editaron el trabajo, y prepararon una publicación reducida de 150 ejemplares. Mis amigos los dischubieron a algunos críticos de poesía, pues aseguraban que serían los únicos en entenderlo. Si tú puedes hacerlo —me decían—, se preguntaban por qué no puedes hacerlos y si tú no puedes hacerlos, se preguntaban por qué no puedes hacerlos.

El mismo libro, al igual que Caspolicán, anduvo, anduvo, sujetando en los hombres los truenos de la sociedad que mira o evita mirar. Hasta que llegó a manos de un doctor en medicina, Luis Enrique Morán, quien estaba formando una editorial que diseminaba material científico y textos de la nueva gramática chilena, en bilingüe. Sin esperar nada me dijo: me interesa traducirte *Vamos en el jardín*. Yo pensé que estaba loco. Le hice ver las dificultades del lenguaje y respondí: si no lo entienden en castellano, qué se puede esperar en inglés... Me seré con palabras e hicimos el trato.

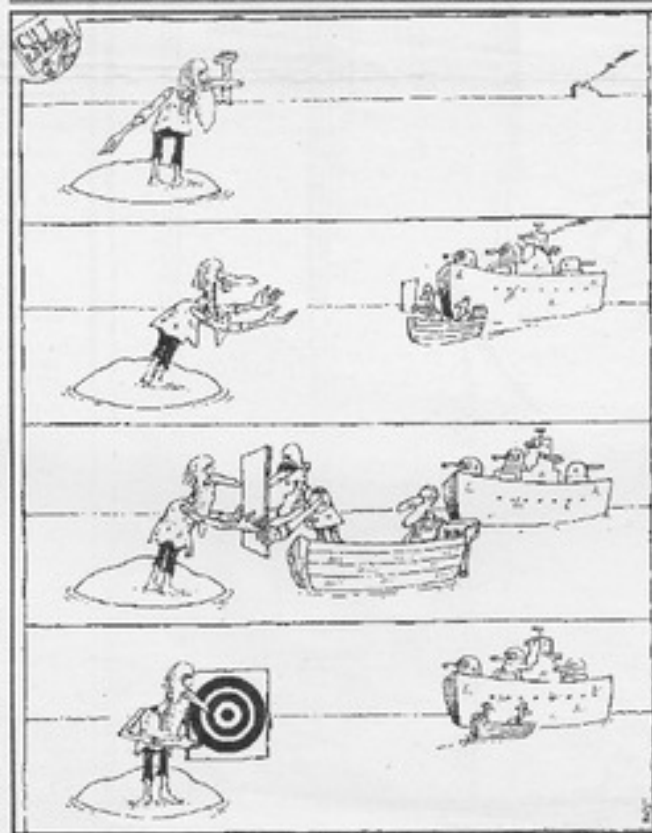
Lo acompañé en su trabajo de traducción en múltiples reuniones que, de no ser por lo alegre y crudo que él es, me habrían adormecido. Estuvo en eso un año. Para espolear un poco la cabeza, fui a continuar la traducción al Maribla, pero yo no aguanté mucho: como tengo la curiosidad e impaciencia de Eva, me iba a observar los huevitos de las diosas, iba al lugar donde corría en burro Omar Sharif y jugué sin ninguna precisión poll.

El hecho de estar familiarizado con el inglés, abrió mi interés de aprender esa lengua de una vez por todas y llegar a traducir hasta algunos conciertos con el grave y doloroso perjuicio del caso: canto pésimo. Tanto me agarré, que un día le llevé en inglés mis datos biográficos, siendo realmente una noche que él lo haya leído y corregido; escribí allí en vez de él... Por poco me convertí en el primer escritor gay chileno, me dijo. Le respondí, casi con el pecho inflado, que a lo menos ya había unos 20 creadores gay en el país, y que los quería a todos por igual, pero que estaba exclusivamente a las mujeres. Por las dudas. Me parece que después cambiamos de tema. En fin, por estos días ha salido en gloria y majestad *Vamos en el jardín*, edición bilingüe, con un amable prólogo del nuevo honorable de la Academia de la Lengua, el poeta Armando Uribe. Atrás ha quedado aquella historieta que nos unió con el viejo Rosamel; atrás quedó Pichilemu y esa mítica carreta que tiraba Rosamel por el borde de la playa y que me dio las claves para luego partir en confianza.

Santiago, junio de 1993

"Otros Mundos", de Reinaldo Edmund Marchant, se publica cada quince días.

SHUTO



Obsesionado [artículo] Reinaldo Edmund Marchant.

AUTORÍA

Marchant, Reinaldo Edmundo, 1957-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Obsesionado [artículo] Reinaldo Edmundo Marchant. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile